

nada de corrupcion vegetal, sino por las brisas puras del Océano, que llevaban en sus alas perfumes y salud al mismo tiempo. De cuando en cuando se veian anchos campos de tierras cultivadas, y repechos de las colinas cubiertos con el amarillo maíz y palata, ó en nivel mas bajo con magníficos plantíos de cacao (1).

Los pueblos eran mas y mas numerosos; y cuando los buques anclaron en el puerto de Tacamez, los españoles pudieron ver una ciudad de mas de mil casas, arregladas en calles, y con una poblacion numerosa apiñada alrededor de ella en los arrabales (2). Los hombres y mujeres ostentaban en sus personas muchos adornos de oro y piedras preciosas, cosa que parecerá singular considerando que los Incas del Perú se reservaban el monopolio de estas piedras para sí y para las nobles á quienes se dignaban concederlas. Pero aunque los españoles habian alcanzado ya los límites exteriores del imperio peruano, no era el Perú lo que veian, sino Quito y aquella parte de este país recién sometido al cetro de los Incas, donde no era posible que el opresor sistema de los déspotas americanos hubiese borrado aun los antiguos usos del pueblo. Además el país adyacente era especialmente abundante en oro, que lavado de la arena de los arroyos, aun constituye una de las principales producciones de Barbacoas. Aquí tambien estaba el hermoso rio de las Esmeraldas, llamado así por las minas de esta piedra preciosa que existian en sus márgenes y con que los monarcas indios enriquecian sus tesoros (3).

Los españoles contemplaban con deleite estas pruebas indudables de riqueza, y vieron en el cultivo admirable del territorio una agradable seguridad de que por fin habian llegado al país que tanto tiempo habian estado contemplando revestido de tan brillantes, pero tambien de tan remotos colores. Pero aquí tambien tenian que verse chasqueados por el espíritu belicoso del pueblo, que, conociendo su propia fuerza, no se sentia intimidado por el invasor. Al contrario, muchas canoas cargadas de guerreros abandonaron la playa, llevando una enseña de oro, dieron vueltas al rededor de los buques desafiándolos con sus miradas, y cuando las persiguieron se refugiaron fácilmente en tierra (4).

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 181.—Rel. sacada de la biblioteca imperial de Viena, MS.—Naharro, Rel. sumaria, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1526.—Zarate, Conq. del Perú, lib. I, cap. I.—Relacion del primer descub., MS.

(2) El secretario de Pizarro dice que una de las ciudades contenia tres mil casas. «En esta tierra habia muchos mantenimientos, y la gente tenia muy buena orden de vivir, los pueblos con sus calles y plazas: pueblo habia que tenia mas de tres mil casas, y otros habia menores.» Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 181.

(3) Steveson que viajó por esta parte de la costa en los primeros años de este siglo, habla mucho de sus tesoros minerales y vegetales. La mina de esmeraldas próxima al rio de este nombre, tan famosa en otros tiempos, estará ahora cerrada por una supersticion mas propia del tiempo de los Incas. «Jamás la visité, dice el viajero, gracias al temor supersticioso de los naturales, que me aseguraron que estaba encantada, y que la guardaba un enorme dragon, que vomitaba truenos y relámpagos contra todos los que se atrevian á ir rio arriba.» Residencia, etc.

(4) «Salieron á los dichos navios catorce canoas grandes con muchos indios, dos armados de oro y plata, y trahian en la una canoa un estandarte y encima de él un *bolto de un mucho de sio de oro* (*), y dieron una vuelta á los navios por

(* Nota del traductor. Todas las citas que hace Prescott de este manuscrito estan plagadas de errores, quizá por haber sido copiado por extranjero. Hemos tratado de corregir algunos; pero confesamos que el que hemos subrayado es absolutamente ininteligible. Lo peor es que esta palabra *bolto*, que es quizas *bullo*, ha hecho creer al autor que el estandarte de los indios era una *máscara de oro*, sin duda por la analogia con la palabra italiana *volto*.

Un cuerpo mas formidable se reunió en la playa, hasta el número, según dicen los españoles, de á lo menos diez mil guerreros, aparentemente ansiosos de atacar á los invasores. Pizarro que desembarcó con parte de los suyos esperando poder entablar una conferencia no pudo evitar enteramente las hostilidades; y quizás lo hubieran pasado muy mal los españoles, perseguidos con ardor por un enemigo infinitamente superior en número, á no ser por un accidente burlesco que, como refieren los historiadores, sufrió uno de los ginetes. Este consistió en una caída de caballo, que asombró de tal manera á los bárbaros que no esperaban semejante division de lo que parecia un solo y único cuerpo, que llenos de consternacion se retiraron y abrieron paso á los cristianos para que volviesen á sus buques (5).

En estas circunstancias se celebró un consejo de guerra. Era evidente que las fuerzas de los españoles no bastaban para luchar con un cuerpo de indígenas tan numeroso y tan bien preparado; y aunque venciesen aquí, no podian abrigar la esperanza de abrirse paso por medio del torrente de guerreros que acudiría á entorpecer su marcha, porque el país parecia mas y mas poblado á medida que adelantaban, y descubrian numerosas ciudades y pueblos nuevos, cada vez que descubrian mas tierra ó que doblaban un cabo. Según opinión de algunos, los de menos corazon, convenia abandonar la empresa de una vez, como superior á sus fuerzas. Pero Almagro consideró este asunto bajo un punto de vista diferente. Volver, decia, sin haber hecho nada, era vergonzoso, era su ruina. Casi todos ellos habian dejado acreedores en Panamá, que esperaban su pago de los frutos de la expedicion. Volver era entregarse á discrecion en sus manos, ir á la cárcel. Mejor era vagar como hombres libres, aunque fuera en el desierto, que yacer con grillos en los calabozos de Panamá (6). Lo que debian hacer, según él, era lo que habian hecho recientemente. Pizarro podria encontrar algun lugar cómodo en que permanecer con parte de la fuerza, mientras que él volviera á Panamá en busca de refuerzos. Las noticias que ahora podian dar sobre las riquezas del país, darian un colorido muy diferente á la expedicion, y no podrian dejar de atraer á sus banderas cuantos voluntarios necesitasen.

Pero por preciosos que fuesen estos consejos, no eran enteramente agradables al otro comandante, á quien no gustaba el papel que le tocaba siempre de quedarse en los bosques y pantanos de este país salvaje. Esto, respondió Pizarro, era muy cómodo para los que pasaban agradablemente el tiempo corriendo de un punto á otro en su buque, ó cómodamente abrigados en un país abundante como lo era Panamá; pero era todo lo contrario para los que quedaban detras en el desierto, desfallecidos y muriéndose de hambre (7). A esto contestó Almagro con algun ca-

avisarlos en manera que no les pudiese enojár, y así dieron vuelta hácia á su pueblo y los navios no los pudieron tomar porque se metieron en los bajos junto á la tierra.» Relacion sacada de la Biblioteca imperial de Viena, MS.

(5) «Al tiempo del romper los unos con los otros, uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron, que volvieron las espaldas dando voces á los suyos, diciendo que se habia hecho dos, haciendo admiracion de ello: lo cual no fue sin misterio; porque á no acaecer esto se presume que mataran todos los cristianos.» (Relacion del primer descubrimiento, MS.) Este modo de explicar el terror pánico de los bárbaros es tan digno de fé como la aparicion del apóstol Santiago en circunstancias análogas, de que tantas veces hablan los historiadores de estas guerras.

(6) «No era bien volver pobres, á pedir limosna, y morir en las cárceles, los que tenian deudas.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. II.

(7) «Como iba y venia en los navios, adonde no le faltaba

lor, manifestándose dispuesto á tomar el mando de los valientes que se quisieran quedar con él si Pizarro lo rehusaba. Poco á poco iba creciendo el tono amenazador de esta disputa, y pronto hubieran pasado de las palabras á los golpes, porque echando mano á sus espadas ya iban atacarse uno á otro, cuando el tesorero Ribera, auxiliado por el piloto Ruiz, logró apaciguarlos. Pocos esfuerzos se necesitaban por parte de estos dos consejeros mas templados para convencer á los gefes de lo absurdo de una conducta que hubiera puesto inmediatamente término á la expedicion de una manera poco honrosa para los que la habian proyectado. Por consiguiente se celebró una reconciliacion, suficiente, á lo menos en lo exterior, para que los dos gefes pudiesen obrar de acuerdo. Adoptóse, pues, el plan de Almagro; y solo se pensó ya en buscar el lugar mas conveniente y seguro para establecer el cuartel de Pizarro.

Ocupáronse varios dias en tocar en diferentes puntos de la costa, volviendo por el camino que habian seguido antes; pero parecia que en todos ellos se habian alarmado los naturales y estaban alerta, presentando un aspecto amenazador y aun formidable considerando su número. No les era lícito ni pensar en la region mas al Norte, con sus pantanos mortíferos y sus bosques, y donde la naturaleza hace una guerra mas terrible que el hombre. En esta indision, se resolvieron en favor de la pequeña isla del Gallo, porque al cabo, por su distancia de la orilla y lo escaso de sus pobladores, era el punto mas á propósito para ellos en su triste condicion (1).

Pero apenas se supo la determinacion adoptada por los dos capitanes, cuando empezaron á manifestar su disgusto los aventureros que los seguian, especialmente los que habian de quedarse en la isla con Pizarro. Esclamaban que por qué habia de llevarseles á ese oscuro lugar á morir de hambre; que toda la expedicion desde el principio hasta el fin habia sido un engaño; que los países de oro de que se les habia hablado parecian huir delante de ellos á medida que avanzaban; y el poco oro que habian tenido la dicha de recoger habia sido enviado á Panamá para inducir á otros tontos á seguir su ejemplo. ¿Y qué habian conseguido en pago de sus padecimientos? Los únicos tesoros que les quedaban eran sus arcos y sus flechas, y ahora se les iba á dejar morir en esta triste isla, sin tener siquiera un palmo de tierra consagrada para depositar en ella sus huesos (2).

En este estado de exasperacion, algunos de los soldados escribieron á sus parientes y amigos, dándoles parte de su deplorable condicion, y quejándose de la fria indiferencia con que se les sacrificaba á la obsti-

vituala, no padecia la miseria de la hambre, y otras angustias que tenian, y ponian á todos en estrema congoja.» (Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. II.) Los caballeros de Cortés, y de Pizarro, por maravillosas que fueran sus hazañas, se quedan muy atras de aquellos caballeros andantes de quienes habla el poeta Butler en su poema de Hudibras, y que, según él, como no pastasen en los campos que atravesaban, no se sabe lo que comerian, porque la historia no habla jamas de que llevasen provisiones, lo que parecia indicar que los estómagos no les servian mas que para batirse.

(1) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Relacion sacada de la Biblioteca imperial de Viena, MS.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Zarate, Conq. del Perú, lib. I, capítulo I.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. II.

Estuvo muy desgraciado Pizarro en esto de mantenerse siempre en las costas del Norte, y en no navegar de una vez mas hácia el Sur. Dampier dice que en estos países llueve sin cesar, mientras que sus tristes bosques y el carácter feroz de los indígenas hacian que fuesen poco conocidos aun en la época en que él escribió. Véanse sus Viajes y Aventuras (Londres, 1776), tomo I, cap. XIV.

(2) «Misericordemente morir adonde aun no habia lugar sagrado para sepultura de sus cuerpos.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. III.

nada avaricia de sus gefes. Pero estos eran bastante astutos para frustrar las consecuencias de este paso, y Almagro lo consiguió apoderándose de todas las cartas y cortando así todo medio de comunicacion entre los descontentos y sus amigos. Sin embargo, no consiguió enteramente su objeto, porque un soldado llamado Sarabia, natural de Trujillo, tuvo la ingeniosa idea de encerrar su carta en un ovillo de algodón, que debía llevarse á Panamá como muestra de los productos del país, y ser entregado á la esposa del gobernador (3).

La carta, que iba firmada por varios de los soldados descontentos ademas de Sarabia, pintaba con colores sombríos las miserias de su condicion, acusaba á los dos gefes de ser autores de todo esto, y rogaba á las autoridades de Panamá que interviniesen enviando un buque que los sacase de este triste lugar, si es que algunos sobrevivian á los horrores de su encierro. La epístola terminaba con una cuarteta escrita por Sarabia en que se pintaba á los dos gefes como sócios en una carnicería, ocupándose el uno en traer el ganado y el otro en degollarlo. Hé aquí esta cuarteta que llegó á tener cierta popularidad entre los colonos:

«Pues señor gobernador,
Mírelo bien por entero,
Que allá va el recogedor,
Y acá queda el carnicero (4).»

CAPITULO IV.

Indignacion del gobernador.—Severa resolucion de Pizarro.—Continuacion del viaje.—Aspecto brillante de Tumbes.—Descubrimientos en la costa.—Vuelta á Panamá.—Pizarro se embarca para España.

(1527—1528.)

Poco despues de marcharse Almagro, Pizarro despachó el buque que le quedaba bajo pretesto de que necesitaba que se le compusiese en Panamá. Probablemente se libró así de una parte de su gente cuyas tendencias á la insurreccion le servian de obstáculo en su posicion desgraciada, y de quien estaba tanto mas dispuesto á separarse, cuanto que era muy difícil encontrar alimentos en el estéril punto que ocupaba.

Grande fue el desaliento que la vuelta de Almagro y de los suyos produjo en Panamá; porque la carta, transmitida subrepticamente en el ovillo de algodón, cayó en las manos á que estaba destinada, y su contenido se esparció por todas partes con la acostumbrada exageracion. El abatido y triste aspecto de los aventureros, era bastante desanimador en sí, y pronto se llegó á creer generalmente que los pocos malhadados aventureros que aun sobrevivian de la expedicion, habian sido detenidos por Pizarro contra su voluntad, para terminar sus dias con su desengañado gefe en aquel triste islote.

Don Pedro de los Rios, el gobernador, se enfureció hasta tal punto con el resultado que la expedicion habia tenido, y con las muertes que habia causado, disminuyendo otro tanto la poblacion de la colonia, que se negó resueltamente á escuchar las súplicas de Luque y de Almagro que aun solicitaban su apoyo; burlóse de sus ardientes esperanzas para el porvenir, y por fin, resolvió enviar un oficial á la isla del Gallo,

(3) Metierom en un ovillo de algodón una carta firmada de muchos en que sumariamente daban cuenta de las hambres, muertes y desnudez que padecian, y que era cosa de risa todo, pues las riquezas se habian convertido en flechas, y no habia otra cosa.» Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia tomo III, pág. 181.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Balboa, Hist. del Perú, cap. XV. Montesinos, Anales, MS., año 1527.

con órdenes para traer á todos los españoles que aun conservaban la existencia en su triste mansion. Des-pacháronse inmediatamente dos buques con este objeto, bajo el mando de un caballero llamado Tafur, natural de Córdoba.

Entre tanto Pizarro y los suyos estaban sufriendo todas las miserias que eran de esperar del lugar estéril en que se hallaban encerrados. Nada tenían que temer de los indígenas, porque estos habían abandonado la isla en cuanto la ocuparon los españoles; pero tenían que sufrir el hambre aun en mayor grado que durante su permanencia en los bosques del vecino continente. Su alimento principal consistía en cangrejos y otros escasos mariscos que recogían en las playas. Los truenos y los relámpagos no cesaban un instante, porque era la estación de las lluvias, y siempre estaba inundada la desdichada isla. Así, medio desnudos, y muriéndose de hambre, pocos había en aquella pequeña huerte que no sintiesen apagado el espíritu emprendedor que antes los animaba, ni que aspirasen á un término mas feliz de sus desgracias que el que consistía en volver á Panamá. La llegada de Tafur con sus dos buques, bien surtidos de provisiones, fue, pues, saludada con todo el entusiasmo que experimentaría la tripulación de un buque naufrago al recibir un inesperado socorro; y el único pensamiento, despues de satisfacer las inmediatas exigencias del hambre, era embárcarse y abandonar para siempre aquella isla odiada.

Pero por el mismo buque recibió Pizarro cartas de sus dos socios, Luque y Almagro, en que le rogaban que á pesar de todo no perdiese las esperanzas, sino que permaneciese firme en su primer propósito. Volverse en estas circunstancias era matar para siempre la expedición; y ellos se comprometían solemnemente si permanecía firme en su puesto, á enviarle dentro de poco cuanto pudiese necesitar para llevar la empresa adelante (1).

Un rayo de esperanza bastaba al intrépido espíritu de Pizarro. Parece que en ninguna época había él pensado ni por un momento en volver. Si abrigó esta idea, bastaron para disiparla las palabras de estímulo que recibía, y se dispuso á seguir esponiéndose á todos los peligros del hecho en que había aventurado toda su existencia y todo su porvenir. Sabía sin embargo que las promesas y las reconvenções valdrían poco con los suyos; y probablemente se cuidaba poco de ganarse á los mas tímidos que mirando siempre hácia atrás, serían la rémora de sus futuros movimientos. Pero él anunció su propósito de una manera enérgica y lacónica, característica de un hombre mas acostumbrado á obrar que á hablar, y muy bien calculada para hacer impresion en sus rudos compañeros.

Sacando su puñal, trazó una línea en la arena de Este á Oeste. Luego volviéndose hácia el Sur dijo: «camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser pobres; por allá al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que mas bien le estuviere (2).» Diciendo esto, pasó él la raya. Siguiéronle el valiente piloto Ruiz, y luego Pedro de Candia, griego, natural de la isla de Candia. Once mas cruzaron sucesivamente la raya manifestando así que estaban dispuestos á seguir á todo trance á su jefe (3). La fama ha conservado los nom-

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 182.—Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. II.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. III.—Naharro, Rel. sumaria, MS.

(2) Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(3) Los nombres de estos trece leales compañeros han sido conservados en la capitulación hecha con la corona dos años despues, documento en que se hace justicia á su lealtad.

bres de esta pequeña partida. «Estos fueron los trece de la fama, dice un cronista antiguo con entusiasmo y singular elocuencia. Estos los que cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer á hombres, y los que estando mas para esperar la muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo pusieron á la honra, y siguieron á su capitán y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro (4).»

Pero este hecho no produjo admiración alguna en el ánimo de Tafur, quien lo consideró como incalificable desobediencia á las órdenes del gobernador, y poco menos que como una locura que iba á ser causa de la muerte de todos los que se hacían culpables de ella. El se negó á ser cómplice dejando uno de sus buques á los aventureros para que siguiesen su viaje, y aun fue muy difícil conseguir de él que les dejase una parte de las provisiones que para ellos había traído. Esto no influyó en lo mas mínimo en su determinación, y la pequeña partida, despidiéndose de sus camaradas que se volvían á Panamá, no vaciló un instante en permanecer fiel á su propósito de seguir la suerte de su comandante (5).

Ejerce un poderoso influjo en la imaginación el espectáculo de este puñado de valientes consagrándose así á una arriesgada empresa, tan superior á sus fuerzas, y al parecer como la mas exajerada que recuerden los anales fabulosos de la caballería andante. Una docena de hombres, sin alimentos, sin vestido, casi sin armas, sin conocer el país que iban á buscar, sin buque para trasportarlos, se quedaban así en una roca solitaria en medio del Océano con el fin de llevar adelante una cruzada contra un poderoso imperio jugando sus vidas en el éxito. ¿Qué se podrá encontrar en las leyendas de la caballería que sobrepuje á esto? Este era el momento de la crisis para la suerte de Pizarro. Momentos hay en la vida del hombre que segun se abandonen ó se aprovechen, así deciden del destino futuro (6). Si hubiera vacilado Pizarro en su enérgico propósito y cedido ante las tentaciones que le ofrecía la ocasión para salir él y los suyos de la difícil posición en que se encontraban, su nombre estaría hoy sepultado en el olvido, y la conquista del Perú hubiera quedado para otros y mas felices aventureros. Pero su constancia estaba al nivel de las necesidades de la ocasión; y la conducta que en ella observó probaba su aptitud para el puesto peligroso que había admitido, é inspiró á los demas una confianza en él que era la mas segura garantía de buen éxito.

En el buque en que volvió Tafur y los que se separaron de la expedición, se fué tambien con el consentimiento de sus compañeros, el piloto Ruiz, con el

Estos nombres no pueden omitirse en una historia de la conquista del Perú. Eran: Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candia, Domingo de Soria Luce, Nicolás de Ribera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alcon, Garcia de Jerez, Anton de Carrion, Alonso Briccio, Martin de Paz y Juan de la Torre.

(4) Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(5) Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. II.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Naharro, Relación sumaria, MS.—Herrera, dec. III, lib. X, cap. III.

(6) Boiardo espresa esta observación vulgar con admirable elegancia, cuando representa á Pinaldo cojiendo á la Fortuna, bajo el disfraz de la caprichosa hada Morgana, por la melena. No disgustará al aficionado refrescar la memoria con la siguiente octava.

«Chi cerca in questo modo aver tesoro
O diletto, é piacere, honore, estado,
Ponga la mano á questa chioma d'oro,
Ch'io porto in fronte, e lo farò beato;
Ma quando ha in destro si fatto lavoro,
Non prenda indugio, che'l tempo passato
Perduto e tutto, e non ritorna mai,
Ed io mi vollo, e lui lascio con qual.»

Orlando Innamorato, lib. II, canto VIII.

objeto de cooperar con Luque y Almagro en sus esfuerzos para obtener nuevos auxilios.

Poco despues de haberse marchado los buques, Pizarro determinó abandonar el punto que ocupaba, que tan pocos alicientes ofrecía, y en que ahora podría verse espuesto á los ataques de los habitantes indígenas, que podrían animarse á volver en cuanto supiesen cuán pocos eran los blancos que quedaban. Los españoles, pues, en virtud de sus órdenes construyeron una especie de bote grosero ó balsa, en que lograron trasportarse á la pequeña isla de Gorgona, veinte y cinco leguas al Norte del punto en que residían. Estaba colocada á unas cinco leguas del continente y no tenía habitantes. Su posición era algo mas ventajosa que la de la isla del Gallo; porque estaba mas elevada sobre el nivel del mar, y se hallaba en parte cubierta de bosques en que habitaba una especie de faisán, y la liebre ó conejo del país, de modo que los españoles con sus ballestas lograban reunir una cantidad bastante considerable de caza: Las frescas fuentes que brotaban de la peña viva les proporcionaban agua abundante, aunque las lluvias que caían sin cesar les probaban que no había riesgo de morir de sed. Abriéronse de esta incomodidad en algunas malas chozas que construyeron; aunque aquí, lo mismo que en su residencia anterior, sufrían la incomodidad no menos insoportable de los insectos venenosos, que se multiplicaban sin cuento con las exhalaciones pútridas del suelo. En esta triste mansion Pizarro no omitió medio alguno para reanudar el espíritu abatido de sus compañeros. Todas las mañanas se rezaba, y por la tarde se desempeñaban otros deberes religiosos, guardándose escrupulosamente las fiestas de la Iglesia; y el comandante se esforzaba en todo lo posible para dar un carácter religioso á su empresa, y para inspirar á sus rudos compañeros confianza en la protección del cielo que los sostendría en medio de todas sus dificultades (1).

En esta incómoda residencia, su principal ocupación consistía en examinar constantemente la monótona extensión del Océano, para descubrir el primer indicio del socorro que esperaban. Pero muchos tristes meses se deslizaron y no se presentaba el apetecido socorro. Por todas partes no se veía mas que la líquida llanura, excepto por el Oriente, donde las heladas crestas de los Andes heridas por el ardiente sol del Ecuador, resplandecían como una línea de fuego en toda la extensión del gran continente. Cada punto que asomaba en el horizonte remoto, se examinaba cuidadosamente, y las masas de yerbas marítimas ó los maderos que solía arrastrar la corriente, se convertían en su imaginación en el deseado buque, hasta que, abatidos por sus repetidas equivocaciones, la esperanza se convirtió en duda y la duda en desesperación (2).

Entre tanto el buque de Tafur había llegado al puerto de Panamá. La noticia que trajo de la obstinación inflexible de Pizarro y de sus compañeros, llenó de indignación al gobernador. No podía considerar este hecho sino como un suicidio, y se negó resueltamente á prestar mas socorros á hombres que parecían decididos á lanzarse al precipicio con los ojos abiertos. Pero Luque y Almagro permanecieron fieles á su compromiso. Hicieron presente al gobernador que si la conducta de su compañero era imprudente, á lo menos su fin era servir á la corona y llevar adelante la gran obra del descubrimiento. Cuando

(1) «Cada mañana daban gracias á Dios: á las tardes decían la salve, y otras oraciones por las horas: sabían las fiestas, y tenían cuenta con los viernes y domingos.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. III.

(2) «Al cabo de muchos dias aguardando, estaban tan angustiados, que los salvajes que se hacían bien dentro de la mar, les parecía que era el navío.» Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. IV.

Ríos tomó el mando, traía instrucciones para auxiliar á Pizarro en su empresa; y abandonar ahora sería frustrar la última esperanza de buen éxito, y echar sobre sus hombros la responsabilidad de la muerte de los hombres intrépidos que lo acompañaban. Estas observaciones por fin produjeron algun efecto en el ánimo del gobernador, y consintió con repugnancia en enviar un buque á la isla de Gorgona, pero sin mas hombres que los estrictamente necesarios para su tripulación, y con la órden positiva á Pizarro de que estuviere de vuelta en Panamá antes de seis meses, fueran cuales fuesen los resultados futuros de su expedición.

Conseguida la sanción del Gobierno, los dos socios no perdieron tiempo en alistar un pequeño buque con provisiones, armas y pertrechos, y en despacharlo á la isla. Los desgraciados habitantes de esta, que ya la habían ocupado durante siete meses (3), apenas podían creer lo que veían cuando descubrieron las blancas velas de sus amigos que dirigían el rumbo hácia ellos. Y aunque cuando el buque ancló tuvo Pizarro el sentimiento de saber que no le traía refuerzos, sin embargo, lo recibió con alegría, porque le proporcionaba los medios de resolver el gran problema de la existencia de un rico imperio en el Sur, abriendo así el camino para su futura conquista. Des de los suyos estaban tan enfermos, que se resolvió dejarlos al cuidado de algunos de los indios amigos que lo habían acompañado todo el tiempo que estuvo en la isla, y recogerlos á la vuelta. Llevando consigo el resto de sus audaces compañeros y los naturales de Tumbes, se embarcó despidiéndose del infierno, como lo llamaban los españoles, que había sido teatro de tantos padecimientos, pero tambien de una resolución tan heroica y tan inflexible (4).

Todos ellos volvieron á llenarse de lisonjera esperanza al verse de nuevo embarcados bajo la dirección del buen piloto Ruiz, quien, siguiendo las instrucciones de los indios, se propuso gobernar hácia Tumbes, con lo cual llegarían de una vez al imperio de oro de los Incas, al Dorado que hacía tanto tiempo que estaban persiguiendo. Pasando cerca de la triste isla del Gallo, de que tenían tantos motivos para acordarse, se dirigieron mas al Oeste, hasta que descubrieron la punta de Tacumez, cerca de la cual habían desembarcado en su viaje anterior. No tocaron en ningún punto de la costa, sino que siguieron constantemente su rumbo, á pesar de los grandes obstáculos que les oponían las corrientes y el viento, y que con pocas variaciones sopló siempre del Sur. Felizmente el viento era ligero, y como el tiempo era favorable, su viaje, aunque lento, no fue incómodo. En pocos dias descubrieron el cabo Pasado, límite de la navegación anterior del piloto; y cruzando la línea la ligera nave penetró en esos mares desconocidos que jamas habían sido surcados hasta entonces por quillas europeas. Observaron que la costa modificaba gradualmente su aspecto áspero y elevado, declinando suavemente hácia la playa y estendiéndose en llanuras arenosas, interrumpidas en algunas partes por campos de incomparable fertilidad y hermosura, mientras que las blancas chozas de los indígenas que brillaban en la orilla del mar, y el humo que se elevaba cerca de las colinas remotas, indicaban la crecida población del país.

Por fin, veinte dias despues de haber salido de la isla la atrevida nave dobló la punta de Santa Elena y resbaló mansamente por las aguas del hermoso golfo de Guayaquil. En esta parte del país abundaban las

(3) «Estuvieron con estos trabajos con igualdad de ánimo siete meses.» Montesinos, Anales, MS., año 1527.

(4) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 182.—Montesinos, Anales, MS., año 1527.—Naharro, Relación sumaria, MS.—Herrera, Hist. general, dec. III, lib. X, cap. IV.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

ciudades y los pueblos, aunque la inmensa cadena de las cordilleras, levantándose bruscamente desde la costa, solo dejaba una faja angosta de verde esmeralda, por la cual serpenteaban numerosos arroyos, derramando fertilidad por todas partes.

Los viajeros se encontraban ahora al frente de algunas de las elevaciones más estupendas de esta magnífica cadena de montañas: el Chimborazo, con su cumbre ancha y redonda, que se eleva como el domo de los Andes, y el Cotopaxi, con su cono deslumbrador de blanca nieve, que no sufre alteración ninguna sino es por la acción de su propio fuego volcánico, porque esta montaña es el más terrible de los volcanes de América, y se encontraba en tremenda actividad en una época no muy remota de aquella á que se refiere nuestra narración. Satisfechos con las pruebas de civilización que descubrieron á cada legua que avanzaban, los españoles por fin sondearon en la isla de Santa Clara, que está á la entrada de la bahía de Tumbez (1).

Este lugar no estaba habitado, pero fue reconocido por los indios como un punto á que solían acudir los belicosos habitantes de la próxima isla de la Puná para celebrar su culto y sus sacrificios. Los españoles encontraron aquí algunos pedacitos de oro groseramente trabajados en diferentes formas, y que probablemente se dedicaban á las divinidades indias. Llenáronse de esperanzas sus corazones en este lugar cuando los naturales les aseguraron que encontrarían mucha abundancia del mismo metal en Tumbez.

Al día siguiente empezaron á navegar por la bahía con rumbo á este lugar. Al aproximarse vieron una ciudad muy grande, con muchos edificios al parecer de piedra y cal, colocada en el centro de un fértil campo, que parecía haber sido arrancado á la esterilidad del país que lo rodeaba por medio de un riego minucioso y bien entendido. Cuando aun estaba á bastante distancia de la orilla, Pizarro vió que se dirigía hacia él varias balsas, que según después se vió iban cargadas de guerreros que se dirigían á una expedición contra la isla de Puná. Aproximándose á la flotilla india, invitó á algunos de los gefes á que pasasen á bordo de su buque. Los peruanos examinaron con asombro todo lo que veían, y especialmente á sus compatriotas, á quienes no esperaban encontrar en lugar semejante. Estos les contaron como habían caído en manos de los extranjeros, de quienes dijeron que pertenecían á una raza maravillosa de seres, que no habían venido para hacerles daño, sino para conocer el país y á sus habitantes. El gefe español confirmó esta relación, y persuadió á los indios á que se volvieran en sus balsas á tierra y que refiriesen lo que habían visto y oído á sus compatriotas, rogándoles al mismo tiempo que le procurasen provisiones para su buque, porque deseaba entablar relaciones amistosas con los indígenas.

Los habitantes de Tumbez se habían acumulado en la playa, y estaban contemplando con inexplicable asombro el castillo flotante que, habiendo echado el ancla, se balanceaba muellemente en las aguas de su puerto. Escucharon con suma curiosidad la relación de sus compatriotas, y al instante comunicaron la noticia al curaca ó gobernador del distrito, quien figurándose que los extranjeros debían ser seres de un orden superior, se preparó para concederles inmediatamente lo que le habían pedido. Poco después salían con dirección al buque muchas balsas carga-

(1) Según Garcilasso trascurrieron dos años entre la salida de Gorgona y la llegada á Tumbez. (Com. Real, parte II, libro I, cap. XI.) Este grosero error cronológico no es muy común ni aun en las narraciones de estos sucesos, en que es tan difícil fijar una fecha exacta, en medio del silencio, mas bien que de las contradicciones, de los escritores contemporáneos, como si los acontecimientos hubieran ocurrido antes del diluvio.

das de plátanos, yucas, maíz, batatas, piñas, cocos, y otros ricos productos del fértil valle de Tumbez. También iba caza y pescado, con algunos llamas de que Pizarro había visto antes groseros dibujos, pertenecientes á Balboa, pero que ahora veía por primera vez vivos. Examinó este curioso animal, el carnero peruano, ó como lo llamaron los españoles, el «pequeño camello de los indios» con mucho interés, admirando mucho la mezcla de la lana y pelo que daba á los indígenas materiales para sus tejidos.

En aquel momento estaba por casualidad en Tumbez un noble indio, ú orejon, que así, como ya lo he dicho, llamaban los españoles á los individuos de esta clase con motivo de los disformes adornos de oro que llevaban en las orejas. Manifestó gran curiosidad por ver á los maravillosos extranjeros, y con este objeto fué á bordo. Fácil era conocer la superioridad de su rango por la mejor calidad de su traje, como igualmente por la deferencia con que le trataban los demás, y por consiguiente lo recibió Pizarro con la mayor consideración. Enseñóle las diferentes partes del buque, explicándole el uso de todo lo que le llamaba la atención, y respondiendo lo mejor que podía á sus numerosas preguntas por medio de los intérpretes indios. Lo que especialmente quería saber el gefe peruano, era de dónde le y para qué habían venido Pizarro y los suyos á estas playas. El capitán español respondió que era vasallo de un gran príncipe, el más poderoso del mundo, y que había venido á este país para asegurar la última supremacía de su soberano en él. Además venía para sacar á los habitantes de las tinieblas de la incredulidad en que ahora vagaban á ciegas. Ellos adoraban un espíritu impuro que entregaría sus almas á la perdición eterna; él les comunicaría el conocimiento del verdadero y único Dios Jesucristo, porque quien creía en él se salvaba eternamente (2).

El príncipe indio escuchó todo esto con profunda atención y aparente asombro, pero no respondió nada. Verdad es que ni él ni los intérpretes tenían ideas muy claras sobre las doctrinas que se les revelaban tan de repente. Quizás no creía que hubiese otro potentado en la tierra más poderoso que el Inca; ninguno á lo menos que tuviese más derecho que él á sus propios dominios, y también es muy posible que no estuviese dispuesto á confesar que el gran lumínar á quien adoraba era inferior al Dios de los españoles. Pero sean cuales fueren las ideas que pasasen en aquel momento por el ánimo del peruano, no les dió expresión, sino que se encerró en un silencio discreto, sin tratar de refutar ó de convencer á su antagonista cristiano.

Quedóse á bordo del buque hasta la hora de comer, y comió con los españoles, manifestando la satisfacción que le causaban los extraños guisos, y especialmente el vino, que dijo ser muy superior á los liciores fermentados de su país. Al despedirse, rogó cortesmente á los españoles que visitasen á Tumbez, y Pizarro al separarse le regaló, entre otras cosas, una hacha que le había causado mucha admiración; porque el uso del hierro, como ya hemos visto, era tan desconocido á los peruanos como á los mejicanos.

Al día siguiente el capitán español envió á uno de los suyos llamado Alonso de Molina, á tierra, acompañado por un negro que había venido en el buque de Panamá, con un regalo para el curaca, compuesto de cerdos y gallinas, que no eran animales indígenas del Nuevo Mundo. Por la tarde volvió su emisario con nuevas provisiones de frutas y vegetales que el pueblo

(2) En el texto se abrevia algun tanto el discurso del predicador militar, que refiere con toda extensión Herrera, Historia general, Dec. III, lib. X, cap. IV.— Véase también Montesinos, Anales, MS., año 1527.— Conq. i Pobl. del Perú, MS.— Naharro, Relacion sumaria, MS.— Relacion del primer descub., MS.

amigo enviaba á los extranjeros. Molina tenía que contar un cuento maravilloso. Al desembarcar, lo rodearon los naturales, que manifestaron el mayor asombro al ver su vestido, su color blanco, y sus crecidas barbas. Las mujeres sobre todo dieron pruebas de la mayor curiosidad, y parecía que Molina había quedado completamente seducido por sus encantos y por sus agradables maneras. Probablemente manifestó su satisfacción con su conducta, puesto que lo incitaron á que se quedase, prometiéndole que en este caso le proporcionarían para esposa una hermosa mujer.

La sorpresa del pueblo fue igualmente extraordinaria al contemplar el color de su oscuro compañero. No podían creer que fuese natural, y trataban de quitarle el tinte imaginario haciéndole que se lavase. Como el africano sufría todo esto con buen humor, desplegando al mismo tiempo sus blancos dientes, se divertieron mucho (1). No eran menos superiores á su comprensión los animales; y cuando cantó el gallo, la gente sencilla empezó á dar palmadas, preguntando que qué era lo que decía (2). Estaban tan confundidos con cosas para ellos tan nuevas, que parecían incapaces de distinguir á los hombres de los animales.

Acompañaron luego á Molina á la residencia del curaca, que vivía con gran lujo, con porteros que custodiaban sus puertas, y con una gran cantidad de vasijas de oro y plata en que le servían de comer. Después lo llevaron á diferentes puntos de la ciudad india, y vió entre otras cosas una fortaleza construida con piedras sin labrar, que aunque baja, cubría una gran extensión de tierra (3). Cerca de esta había un templo, y la descripción que hizo el español de sus adornos de oro y plata pareció tan extravagante, que Pizarro, desconfiando de su relación, resolvió enviar al día siguiente un emisario más discreto y más digno de confianza (4).

La persona que para esto se escogió fue Pedro de Candia, el griego de quien ya hemos hablado como de uno de los primeros que se mostró dispuesto á seguir la suerte de su gefe. Enviósele á tierra, con armadura completa de malla, como correspondía á un buen caballero, con la espada al costado y el arcabuz al hombro. Los indios se sorprendieron más al verlo que cuando habían contemplado á Molina, y quedaban como deslumbrados cuando reverberaba el sol en su brillante armadura y en sus demás arcos militares. Mucho habían oído hablar á sus compatriotas que venían á bordo del buque, de ese formidable arcabuz, y suplicaron á Candia que lo «hiciera hablar.» Para complacerlos colocó él á cierta distancia una tabla que le sirviese de blanco, y apuntando cuidadosamente, disparó. La llamarada de la pólvora y el estampido del tiro, acompañado por el ruido que hizo la tabla al volar hecha mil fragmentos, llenaron á los indígenas de espanto. Algunos cayeron al suelo cubriéndose la cara con las manos, y otros se acercaron al caballero con sentimientos de temor que desaparecieron poco á poco al contemplar la expresión risueña de su fisonomía (5).

(1) «No se cansaban de mirarle, hacíanle lavar, para ver si se le quitaba la tinta negra, y él lo hacía de buena gana, riéndose y mostrando sus dientes blancos.» Herrera, Historia general, Dec. III, lib. X, cap. V.

(2) Ibid., ubi supra.
(3) «Cerca del solía estar una fortaleza muy fuerte y de linda obra, hecha por los Incas reyes de Cuzco y señores de todo el Perú... Ya está el edificio de esta fortaleza muy gastado y deshecho: mas no para que deje de dar muestra de lo mucho que fue.» Cieza de Leon, Crónica, cap. IV.

(4) Conq. i Pobl. del Perú, MS.— Herrera, Hist. general, loc. cit.— Zárate, Conq. del Perú, lib. I, cap. II.

(5) Dícese además que los indios, deseosos de probar aun mas la naturaleza sobrehumana del caballero español, le soltaron un tigre que guardaban encerrado en la fortaleza real.

En seguida le dieron las mismas pruebas de cortesía y hospitalidad que habían dado á Molina; y la descripción que dió á su vuelta de las maravillas que había visto no cedía en nada á la de su predecesor. La fortaleza, que estaba rodeada por una triple muralla, tenía una fuerte guarnición. Del templo dijo que estaba al pie de la letra entapizado con planchas de oro y plata. Al lado de este edificio había una especie de convento perteneciente á las que se destinaban á esposas del Inca, que manifestaron mucha curiosidad por ver al extranjero. No se dice si esta curiosidad se satisfizo; pero Candia dió una descripción de los jardines del convento en que entró, y dijo que estaban llenos de imitaciones de frutas y vegetales, todos de plata y oro puro (6). También había visto muchos artistas trabajando y cuyo único deber parecía consistir en preparar estos espléndidos adornos para los edificios religiosos.

Quizas las noticias de Candia serian algo exajeradas (7). Era natural que hombres que salían de un desierto triste y monótono en que habían estado sepultados durante los últimos siete meses, se entusiasmasen con las pruebas de civilización que descubrían en la costa peruana. Pero Tumbez era una ciudad favorita de los príncipes peruanos. Era el punto más importante en la frontera del Norte del imperio contiguo á la reciente adquisición de Quito. El gran Tupac Yupanqui había construido allí una gran fortaleza, y había poblado el país con una colonia de *mitimaes*. El templo y la casa que ocupaban las vírgenes del Sol, habían sido construidos por Huayna Capac, y ambos habían sido generosamente dotados por él según las necesidades suntuosas de los establecimientos religiosos del Perú. La ciudad estaba bien surtida de agua por medio de numerosos acueductos, y el fértil valle en cuyo seno yacía, y el Océano que bañaba sus playas, producían abundantes medios de subsistencia para una población numerosa. Pero la avaricia de los españoles después de la conquista, no tardó en despojar á este lugar de su gloria; y en menos de medio siglo después de este plazo fatal, el lugar que ocuparon sus torres y sus templos solo se conocía por las ruinas inmensas que cubrían el suelo (8).

Pero don Pedro era buen católico y puso en el lomo del animal la cruz que llevaba al cuello; y el tigre, olvidando en el acto su naturaleza feroz, se tendió á los pies del caballero, y empezó á jugarle alrededor de él como un gatillo. Los indios, mas asombrados que antes, no dudaron de la santidad de su huésped, y lo llevaron en hombros y en triunfo al templo.— Varios escritores contemporáneos refieren esta anecdota como cosa corriente y sin vacilar en lo más mínimo. (Véase Naharro, Relacion sumaria, MS.— Herrera, Hist. general, Dec. III, lib. X, cap. V.— Cieza de Leon, Crónica, cap. LIV.— Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. I, cap. XII.) Este último autor recibiría quizas esta versión del hijo del mismo Candia, con quien nos dice que estuvo en la escuela.

(6) «Que había visto un jardín donde las yerbas eran de oro imitando en un todo á las naturales; árboles con frutas de lo mismo, y otras muchas cosas de este modo, con que aficionó grandemente á sus compañeros á esta conquista.» Montesinos, Anales, año 1527.

(7) Esta relación no ha sido bien acogida por el antiguo conquistador que tan á menudo hemos citado en estas páginas, quien dice que cuando luego visitaron á Tumbez los españoles vieron que las noticias de Candia eran una mentira desde el principio al fin, exceptuando el templo, en que todo era verdad, aunque confiesa el veterano que lo que faltaba en Tumbez estaba mas que indemnizado por la magnificencia de otros lugares del imperio que no se habían visitado aun. «Lo cual fue mentira; porque después que todos los españoles entramos en ella, se vió por vista de ojos haber mentido en todo, salvo en lo del templo, que este era cosa de ver, aunque mucho mas de lo que aquel encareció, lo que faltó en esta ciudad, se halló después en otras que muchas leguas mas adelante se descubrieron.» Relacion del primer descub., MS.

(8) Cieza de Leon, que atravesó esta parte del país en 1548, habla de los destrozos que la mano del conquistador ha-